



Aprendí a nadar en la piscina de Los Molinos, la piscina de Evaristo. De esto hace cuarenta y siete años. No asistí a ningún cursillo de natación intensivo con monitor especializado. Pero no fue una proeza, era lo normal; como yo, decenas de niños de la época pasaron de las charcas profundas del río Guadarrama, al lujo de **300 m3 de agua sin cloro**. Por no decir los valientes mozos que ensayaban una y otra vez desde el **trampolín**, abandonando, por fin, los peligros de los saltos desde el Puente Verde a la pozas del río.

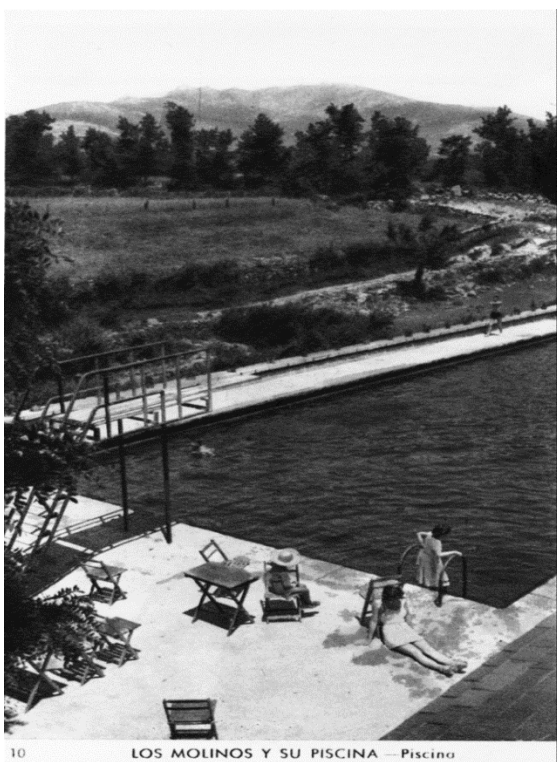
A lo que vamos, aprendí a nadar a temprana edad y lo que se aprende de niño no se olvida nunca, como la bicicleta. Mi abuelo materno, huyendo de los calores de Madrid se venía a **Los Molinos**. Era

hombre de pocas palabras, castellano viejo de Zamora, no muy cariñoso, alto y con bigote. Aparte de cuidar las plantas, barrer el patio y alimentar las gallinas se ocupaba de mis hermanas y de mí para alivio y descanso de mi madre. Mi abuelo tenía una paciencia y una templanza infinitas.

Nos llevaba a la **piscina de Los Molinos ¡El Mar en la Sierra!**. sobre las once de la mañana, los días de diario. Se sentaba en una silla de tijera a la sombra y nos vigilaba mientras éramos de las primeras en meternos en la **“pequeña”**. Cada poco nos mandaba salir para que nos se nos pusieran los labios amoratados y los dedos como garbanzos en remojo, extendía las toallas y hasta que nos secábamos. Nos untaba con NIVEA hasta emblanquecer. Algunas veces nos dejaba ir a los **columpios**, y esperaba pacientemente a pleno sol a que nos diéramos unas vueltas cada una.

Después empezaban las negociaciones, abuelo, quiero ir a la **“grande”**. No que es muy peligroso, decía él. Tú me miras. Mirar no es bastante, yo no sé nadar. Solo por lo bajo, de verdad. Después de un buen rato accedía.

Entonces yo empezaba a chapotear de un lado a otro y mi abuelo caminaba por el borde de la piscina a mi paso. Mi abuelo calzaba unas zapatillas de verano de esas con gomas en el empeine del pie, o azul marino o grises, eso era lo que yo veía desde el agua. La seguridad de las zapatillas cercanas y el ansia



de ir contra el tiempo me hicieron aprender a nadar rápidamente. Cuando ahora veo esas zapatillas mis recuerdos se van a mi abuelo y a la piscina de Evaristo.

A veces nos quedábamos a comer en la **piscina, la mejor situada de España, que le permitirá disfrutar de AGUA, SOL y AIRE en plena Sierra del Guadarrama**. Además de pelota, toallas y flotadores mi abuelo cargaba con una cesta con la comida para los cuatro y la bota. Comíamos a la sombra sobre la hierba, **30.000 pies de pradera**, decía la publicidad, pero siempre alejados del agua porque luego venía lo peor: *dos horas religiosas de digestión*. Mi abuelo quería echar un sueñecito y nosotras le preguntábamos la hora cada cinco minutos. Resoplaba pero no se enfadaba. La mayoría de las veces cuando aún faltaba cuarto de hora nos daba permiso para meternos otra vez. Regresábamos agotados a casa, nosotras con la piel enrojecida y mi abuelo sudoroso.

Mamá, he aprendido a nadar en la grande, sin flotador.